



—¿Ves, Poli?, así: una escoba para cada cosa y un color para cada escoba —le explicaba la bruja Guadalupe Sinverruga a su mascota polilla, que revoloteaba sobre la mochila flamante.

Es que al día siguiente comenzaban las clases y Guadalupe estaba ordenando con mucha prolijidad sus “útiles”.

—La escobita roja es la de hacer buena letra; la verde sirve para borrar; la azul te levanta la mano para contestar antes que todos y la amarilla es para resolver las cuentas.

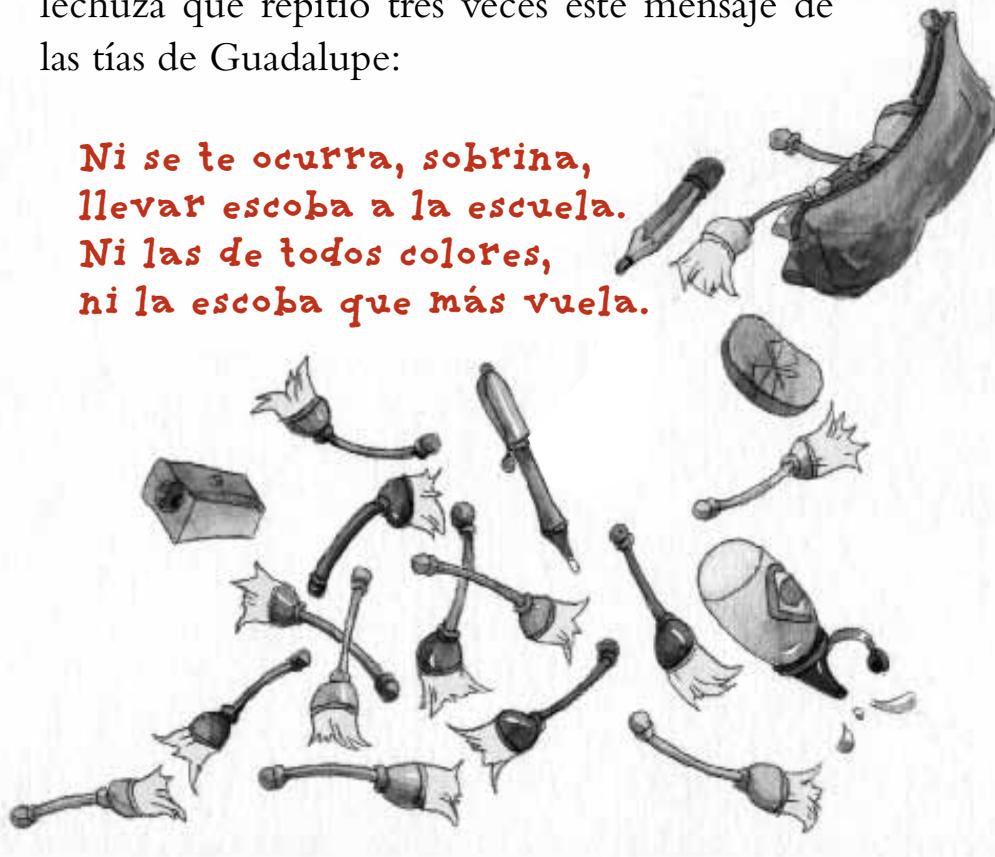
—Ajá, ajá, ajá —repetía Poli.

—Para que las cosas te salgan bien, dicen mis tías, nada mejor que ser ordenados, Poli.

—Sin embargo, mirá lo que les pasó a los tres osos del bosque cuando se metió en su casa Ricitos de Oro. Tanto orden, tanto orden y ¡plaf! en un ratito...

En eso, se escuchó desde el comedor el reloj-lechuza que repitió tres veces este mensaje de las tías de Guadalupe:

**Ni se te ocurra, sobrina,  
llevar escoba a la escuela.  
Ni las de todos colores,  
ni la escoba que más vuela.**



Meche y Lola, las tías de Guada, durante la noche eran unas señoritas brujas pero al llegar la mañana, barrían la vereda con escobas comunes y también hacían los mandados y se comportaban como maravillosas vecinas.

Ahora que Guadalupe vivía con ellas, no les había quedado más remedio que anotarla en la escuela del barrio para que nadie sospechara.

A la mañana siguiente, el primer día de segundo grado de su sobrinita, Meche y Lola la despidieron en la puerta.

—Tomá, Guada, esta manzanita que sobró del cuento de Blancanieves, para que se la lleves a la maestra —le ofreció Lola.

Entonces Poli asomó la cabeza del libro de cuentos donde vivía y le advirtió en voz baja a Guada:

—No se la des: está envenenada. En el cuento, todas las del cesto estaban envenenadas porque la bruja no sabía cuál iba a elegir Blancanieves. Además, llevarle una manzana a la maestra es una antigüedad.

—Gracias, Poli —alcanzó a decir Guada,

cuando su tía Meche, que le estaba dando en la frente el besito de la buena suerte, olió algo raro:

—¿No tendrás alguna escobita mágica en la cartuchera?

—Me parece que no, tía, no creo... Se me hace tarde... —mintió rápido Guada y corrió hasta la esquina. Ahí sí, se dio vuelta para saludar y luego cruzó.

A los dos segundos, Guada se cansó de caminar y sacó la escoba voladora. Desde el cielo, fue siguiendo el caminito de los chicos que iban a la escuela como ella.

—Mirá, Poli, esa chica va en bici... ¡Y allá está el micro escolar! ¡Qué divertido viajar todos juntos!

Pero, por mirar para abajo, Guadalupe chocó contra un árbol, y, con el golpe, se le cayó la mochila de la escoba, y la cartuchera de la mochila, y las escobitas de la cartuchera...

Mientras trataba de hacer funcionar la escoba otra vez, Guada no sintió el viento fuerte, como de tías brujas, que sopló sobre las escobitas. Para

colmo, con el apuro, las recogió llenas de hojas secas, gusanitos y papeles de caramelos.

Ella que era tan prolija y ordenada casi se puso a llorar cuando Poli, para darle ánimo, le comentó:

—Típico de los cuentos: siempre hay obstáculos y contratiempos para el héroe. Pero el héroe tiene un ayudante, que le da el coraje y el valor...

—Ay, Poli, sí, está bien, gracias por lo que me decís pero ahora ayudame a poner todo sobre la escoba, que ya estamos llegando tarde...

Y así fue, quince minutos después, Guadalupe aterrizó en el patio cuando ya los chicos de segundo se iban para el aula.

Como pudo, escondió la escoba voladora detrás de un macetón y se puso última en la fila, tratando de hacer rodar su mochila rota.

Entonces, el nene que iba adelante se dio vuelta y le dijo: —¡Llegaste en escoba!

—No, ¿estás loco? —se apresuró a contestar Guada—. Te habrá parecido. Es que mis tías tienen un auto muy rápido.



—No, no: yo te vi bajar recién en el patio —insistió él—. Y la dejaste detrás de la planta de azaleas. Ramona, la portera, se la está llevando con las cosas de la limpieza...

Al ver eso, Guada se comió tres uñas de la desesperación y ya se le saltaban las lágrimas, pero ni tiempo tuvo de seguir preocupándose por la escoba porque la maestra ordenó:

—¡Chicos, adentro! ¡Vamos a empezar segundo! ¡Qué alegría! Hay compañeros del año pasado y compañeros nuevos...

Durante un rato, la señorita Milena los fue mezclando a los viejos con los nuevos para que todos se conocieran. En el último lugar quedaron juntos Guadalupe y Nacho, que así se llamaba el chico que le había hablado en la fila.

Cuando Guada puso el libro de Poli debajo del banco, Poli se asomó y suspiró emocionada:

—Acabás de conocer al príncipe del cuento, princesa...

—¡Ay, callate, Poli! Que me da vergüenza... —la retó Guadalupe, cerrando la tapa para hacerla desaparecer.

Mientras tanto, la maestra anunciaba:

—Chicos, vamos a repasar un poco para ver qué se acuerdan de lo que aprendieron en primero...

—Ya empezamos —dijo Nacho nervioso, y se puso a hacer tictic en el banco con el lápiz negro.

Guada, en cambio, preparaba el cuaderno y sacaba la cartuchera de la mochila.

(Hay que decir que Guadalupe Sinverruga tenía una colección enorme de escobas mágicas. En ella había escobas de todos los tamaños